

ra Norte y con vista al Palacio del Gobierno, arranca de un zócalo octagonal, labrado en cantera colorada de Morelia; para el mejor contraste con el resto de la construcción, se adoptó el estilo rústico, imitando la áspera y dura perspectiva de la roca: la altura del zócalo será de un metro, ocupando todo este basamento una extensión como de cinco ó seis metros cuadrados; le da excelente perspectiva un ligero declive, que siendo volado, equivale á un pretil que presta buen remate á la plataforma.

Al rededor de ésta, y siguiendo el contorno en su extensión, hay una baranda de hierro forjado, estilo renacimiento, como lo denuncian los arabescos, y la profusión de hojas y flores que simulan estar recién abiertas; esta baranda, de media vara de altura, aparenta resguardar el cuerpo del monumento.

Sobre dicha base, se levanta, en forma octógona también, el segundo cuerpo, labrado en cantera blanca de Morelia, que presenta al frente, en grandes caracteres dorados, la siguiente inscripción: "*Melchor Ocampo, benemérito del Estado.*"

A la espalda, está otra: "*En el Gobierno del C. General Mariano Jiménez.—Septiembre 16 de 1888.*"

En los costados, las placas de hermosa cantera colorada bermejo, traídas de Pátzcuaro,

dejan ver en alto relieve, ornamentos que corresponden al elegante estilo de la obra. Corona este cuerpo un chafán en declive ligero, que da corriente á las aguas de las lluvias.

Sigue, como formando parte del citado cuerpo, una escalinata, formada por tres escalones tan solo, y sobre los cuales descansa otro zócalo, de forma cuadrada, cerrando sus ángulos con cuatro pedestales pequeños que sustentan respectivamente cuatro hermosas figuras imitación de mármol blanco.

Estas figuras traídas de Alemania, de la gran fábrica de Villeroy y Boch, Mersig, representan: al frente, la que va á la derecha del monumento á *La Justicia*, y su aire es severo á la par que tranquilo; y la de la izquierda, también al frente, á *La Filosofía*. Es la expresión de ésta, soberanamente inspirada, parece que del inmóvil glóbulo de sus ojos, irradia ese incomparable y misterioso destello de la inteligencia humana.

En los dos ángulos que restan, se dejan ver *La Historia* y *La Industria*, ambas tan hermosas, de tan airoso é inspirado continente como las otras. Los detalles de cada una están primorosamente interpretados, y sus amplios ropajes cubren sus esbeltas formas con tan singular naturalidad, que á la límpida y misteriosa blancura, que una vez caídas las

sombras de la noche les presta el vivo reflejo de los focos eléctricos, antójanse animadas y bellas vestales que se levantan y nos hablan de las cosas del pasado y quieren revelarnos los enigmas del porvenir.

Abajo del plinto de cada estatua, se lee en placas de mármol gris de Orizaba, lo que cada una representa. En los anchos y elegantes tableros comprendidos entre pedestal y pedestal, hay otras placas más grandes, de piedra verde de Acámbaro, trabajadas con verdadero primor por esos artistas oscuros que en México llamamos *canteros* y que interpretan, sin embargo de su empírica educación, los pensamientos más difíciles, y juegan con la piedra y la moldean, como pudiera moldearse la cera.

El monumento remata en un interesante monolito, de cantera de un colorado bermejo, en forma de pilastra chaffanada en sus ángulos; la ornamentación de esta es verdaderamente rica é inspirada, siendo su altura de 1 metro 65 centímetros. El asiento de dicho monolito simula un pequeño basamento, al rededor del cual festonean flores y hojas de caprichosa forma y que luego simulan esos extraños detalles con que la arquitectura antigua, con hojas y flores de acanto, quería paramentar el tambor del delicadísimo capitel corintio.

Nos desviamos de nuestro objeto: sobre el zócalo del monolito sigue un delicado perfil de hojas de acanto. Los cuatro costados del mismo zócalo, en medio relieve, van paramentados por coronas de laurel, que dan un realce extraordinario al conjunto.

La pilastra que describimos, de acuerdo con el estilo general, es octágona, teniendo en los cuatro lados principales, cuatro hermosas placas de mármol, en las que se distinguen las inscripciones en caracteres dorados. La inscripción del frente dice:

HIZO POR LA FELICIDAD DE SU PAÍS
CUANTO EN CONCIENCIA CREYÓ
QUE ERA BUENO.

La que mira al Oriente:

FUÉ GOBERNADOR DE MICHOACÁN;
DIPUTADO CONSTITUYENTE Y SECRETARIO
DE ESTADO.

La que mira al Poniente:

PROTECTOR DE LA JUVENTUD, RESTAURÓ EN
ESTA CIUDAD EL COLEGIO DE SAN
NICOLAS EL AÑO DE 1847.

La que mira al Sur:

NACIÓ EL DÍA 6 DE ENERO DE 1814, Y
VÍCTIMA DE SU FE REPUBLICANA, PERECIÓ EL
3 DE JUNIO DE 1861.

En el coronamiento del monolito, en las esquinas, se ven coronas de laurel que facilitan, con notorio arte, la transformación de la forma octágona á la cuadrada; remata en una placa perfilada con exquisito gusto por aperladas y abuevados, que disminuyendo poco á poco la dejan útil para recibir el plinte de la estatua en bronce del benemérito patricio Melchor Ocampo.

La estatua hecha con bronce de cañones, representa á Ocampo en el último tercio de su vida; la altura de aquella, incluso el plinte, es de 2 20.

El monumento todo tiene una elevación de 7,80. El ingeniero, en la ejecución de él, estuvo muy feliz y por eso le enviamos nuestros cordiales parabienes.

Allí, antes que las volutas del orden jónico, antes que los triglifos y metapas del dórico, antes que la severa frialdad del orden toscano, y antes que la confusión desagradable y monstruosa del estilo churigueresco, no sino se admira esa expresión bella, dulce, ordenada, hermosa del Renacimiento, que como la revo-

determinada; horró esa tendencia de hacer del edificio ó del monumento un jeroglífico ó un símbolo del misterio, y buscó esa senda del placer por la belleza; pero por esa belleza sin dejes románticos que nos permite admirar la flor virginal, con sus pétalos recién abiertos, como las flores del campo, cuando descubren el secreto de su corola á los primeros rayos del sol.

Ese maravilloso florecimiento del siglo XV, nos trajo con los semidioses de la clásica Grecia, y con las voluptuosidades de la artística Roma, los atavíos de la edad moderna, que substituyó á la férrea aureola de los conquistadores, la corona simbólica de verde laurel para los héroes y la delicada y fúnebre guirnalda de siemprevivas para las tumbas.

El arte en su evolución en Occidente, como que tuvo una expresión para la alegría, y un dolor palpitante para los dolores fué más hermoso que nunca, porque fué más verdadero, más humano, más filosófico. Quitó del semblante de Aquiles la máscara de un ficticio poder sobrehumano, y puso en su rostro las contracciones del dolor, y en sus ojos las lágrimas de la desesperación, y en su pecho la pavorosa agonía del hombre.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO.

HONOR A OCAMPO.

El día 3 de Junio de 1893 y en el mismo lugar en que el Sr. Ocampo derramó su sangre en aras de la Reforma y de la Democracia, fué inaugurado, en presencia de una multitud, un sencillo pero significativo monumento levantado por el esfuerzo de un grupo de ciudadanos, cuyos nombres sentimos no consignar hoy.

Por invitación del Ayuntamiento de Tepic del Rio, á cuya municipalidad pertenece la hacienda de Caltengo, en donde fué fusilado el Sr. Ocampo, concurrieron á la apoteosis varios colegas de la prensa metropolitana.

El Gobernador de Michoacan estuvo representado por el Sr. Diputado Joaquín Trejo, quien en nombre de aquel funcionario descubrió el monumento antes de la ceremonia.

Concurrió á ella el Club "Democracia Melchor Ocampo" del pueblo de Coyotepec del Distrito de Cuautitlan, la Junta que promovió la erección del monumento, el Sr. Genalucion de benéfica reforma en ideas, vino á ser la revolucion de Reforma en el Arte.

Desterró las exajeraciones de una escuela

ro Rubio, Jefe Político de Tula, yerno del Sr. Ocampo, en nombre de la familia del sabio reformista.

"Cerca del monumento, y á unas cuantas varas del Perú, árbol del que fué suspendido el cuerpo del Sr. Ocampo, scribillado por las balas de sus enemigos, se levantaba una plataforma en que se colocó parte de la comitiva, pues era muy numerosa, y los oradores.

"Al terminar el último, varias músicas que habian cubierto los intermedios con piezas adecuadas, prorrumpieron en el Himno Nacional y el pueblo en masa acudió á depositar su ofrenda ante el monumento de Ocampo, que es un altar para los que profesamos el credo de la libertad y la reforma.

"Algunos ancianos que fueron testigos del sacrificio y que en vano lucharon por salvar á la victima, los niños y hasta las mujeres, cubrieron de flores y coronas el monumento de Caltengo."

Sangre tambien el corazón de
 Y á sangre sabe el que respice
 Que se hizo el hombre grande, el genio fuerte
 El esbozo microscopico, cuyo acanto
 Hizo temblar al análisis, merced á
 Y á la ignorancia en su profundo azoramiento
 No está la autopsia luminosa y clara
 Los el mundo de Colón paraba un día
 ¡Manda el señor

EN LA MUERTE

DEL SEÑOR

D. Melchor Ocampo.

¡Ocampo Ocampo Ocampo Ocampo
 ¡Desesperacion luto en toruo miro
 ¡O con los rostros del sustanto
 De sangre para renacer y para
 Preparados están los labios rojos

ELEJIA.

¡Voz de dolor, rugido de venganza,
 Lúgubres ecos de pesar, de ira,
 Lancen las cuerdas de mi triste lira,
 Provocando sangrienta á la matanza.
 El génio de las furias que me inspira
 Arranque de mis labios con espanto
 Raudales de frenética armonía,
 Y en tan infando día
 Sea de rabia y de rencor mi canto.
 ¡Desperacion y luto en toruo miro
 Y fresca sangre que caliente humea...

ro Rabia, de la Polilla de Tala, viene de
 Sr. Ocampo, en nombre de la familia del se-
 ñor Ocampo.

"Frase del monumento y á unas cuantas
 varas del país, árbol del que fue suspirado
 el cuerpo del Sr. Ocampo, acudido por las
 lallas de sus conatos se levantaba una pla-
 taforma en que se colocó parte de la columna
 que era muy numerosa, y los oradores

Al terminar el último varió palabras que
 habían cubierto de intermedios con pocas
 adecuadas pronunciación en el Himno Na-
 cional y el pueblo en masa volvió á proclamar
 en silencio ante el monumento de Ocampo
 que es un árbol para los que profesamos el
 credo de la libertad y la ciencia.

"Algunos ancianos que fueron testigos de
 suceder y que en vano lababan por salvar á
 la víctima, los niños y hasta los mujeres, cu-
 bren de flores y coronas el monumento de
 Ocampo.

Sangre tambien el corazon desea
 Y á sangre sabe el aire que respiro....
 ¿Qué se hizo el hombre grande, el genio fuerte,
 El sábio michoacano, cuyo acento
 Hizo temblar al fanatismo inerte
 Y á la ignorancia en su profundo asiento?
 ¿Do está la antorcha luminosa y clara
 Que el mundo de Colon bañaba un dia?
 ¿Dónde el escudo está que defendia
 Los derechos del pueblo mexicano?
 ¿En dónde está tu orgullo, patria mia?
 ¡OCAMPO, OCAMPO, ILUSTRE CIUDADANO!
 ¿En dónde estás...? ¡Oh Dios! Horrible crimen!
 ¿Qué espectáculo atroz ante mis ojos
 Ofrecen los esbirros del santuario?
 De sangre pura, generosa y cara
 Empapados están los lábios rojos
 Del alevé y fanático sicario.....
 ¿Qué visiones son esas que me oprimen...?
 ¡Un sangriento cadáver insepulto.....!
 ¡Tres niñas tiernas que espantadas gimen...!
 ¡Oh bárbaro atentado! ¡Oh negro insulto!
 ¿E impune queda un hecho tan salvaje?
 ¿No hay quién castigue tan feroz delito?
 ¿Y sufre el pueblo tan mortal ultraje?
 ¿Y no hay quién lance de venganza el grito?
 ¡Maldito el mexicano, sí, maldito,
 Que, al escuchar el crimen de esas hienas,
 No siente convertida en fuego ardiente
 Correr la sangre en sus hinchadas venas!

Contemplad con asombro aquella frente,
 Del genio y el saber profundo asiento...
 El sacrilego plomo del soldado
 Vendido al clero de poder sediento,
 Alevé ha traspasado.
 Ese rostro, mirad, al que animaba,
 El rayo de divina inteligencia,
 Cubierto ya de palidez horrible
 Privado del calor de la existencia.
 Esa cabeza, ayer depositaria
 De espíritu creador, de ideas sublimes,
 De humanitarias, altas concepciones,
 Cubierta está de venda funeraria.
 Y aquella boca, manantial fecundo,
 De alocucion purísima, elocuente,
 Aún entreabierta está, cual aspirando
 El soplo blando de la fresca brisa:
 Generosa tal vez, aunque doliente,
 En esos labios asomó vagando
 Una inefable, celestial sonrisa,
 A su asesino infame perlonando.
 Mirad allí al hombre immaculado,
 Al gran republicano, al fiel patriota,
 A un suplicio afrentoso condenado,
 Y, cual vil malhechor, cual un malvado,
 Expuesto á la vergüenza en la picota.
 ¿Recordais, por ventura,
 Sus inclitas virtudes?
 ¿Su hermosa vida irreprochable y pura,
 Con afán incesante consagrada

De santa libertad al culto ardiente,
 Al amor de su patria infortunada
 Y á la mejora de su triste gente?
 ¿Recordais sus vigiliás, estudiando
 En el inmenso libro de natura,
 Por la noche los astros observando
 Y bebiendo la ciencia en la lectura
 De la antigua y actual filosofía?
 ¿Recordais igualmente su alma pia,
 Su noble corazon, que, generoso,
 De la esperanza el bá-l-amo vertia
 Con el pan que aió al menesteroso?
 ¿Recordais su pasión por lo sublime,
 Por lo puro, lo cándido, lo bello,
 Cuando del sol el último destello
 Dejaba el horizonte, moribundo;
 Cuando dormir pareció el ancho mundo,
 Arrullado en la mágica armonía
 Que al caer de la tarde se produce
 Por ese vago y misterioso ruido,
 Del universo al declinar el día,
 Entre luz y tinieblas sumergido?
 El al Señor de la creacion mundaba
 Su ardiente corazon entre el aroma
 De las modestas, campesinas flores,
 Con el blando gemir de la paloma,
 Con el canto de tiernos ruiseñores,
 Y á los cielos volaba su plegaria
 En las alas del aura vespertina,
 En la voz de la alondra solitaria,

En el vapor de fuente cristalina.
 ¿Lo recordais? Pues todo ha sido vano
 Ante el feroz y bárbaro asesino.....
 ¡Sólo queda un cadáver en el llano
 Oscilando en la rama de alto pino.....
 ¡Oh rabia, oh dolor, oh cruel agravio
 Que hace temblar la humanidad entera!
 Horrible imprecacion lanza mi labio
 Sobre la infame, la voraz pantera
 Que, sedienta de sangre y de matanza,
 Con sangre pura se salpica y moja.....
 De Tacubaya al tigre el alma arroja
 Un grito de furor y de venganza.
 ¡Eterna maldicion, Cain inmundo,
 Caiga del cielo en tu aplasta la frente!
 ¡Maldigate el averno, el ancho mundo,
 Los hombres de hoy, la venidera gente!
 ¡Ilustre sombra del ilustre OCAMPO!
 ¡Mártir de libertad y de reforma!
 Ya tú dejaste de la vida el campo,
 Y aquí tu nombre de preclara norma.
 Al espirar, sin duda, una mirada
 De inefable perdon diste postrera
 A tus sangrientos, crueles enemigos,
 Que generosa y grande tu alma era.
 Mas yo, que tengo el corazon herido,
 Y orgullo tuve en ser de tus amigos,
 Ante tus manes juro eterna guerra
 A tus viles, infames matadores:
 Una guerra sin tregua á ese partido

Falaz y fementido,
 De asesinos hipócritas traidores,
 Que en el misterio y soledad del templo
 Cruel y vengativo te condena
 A ignominiosa pena,
 A una muerte de horror y sin ejemplo.

Y porque nada falte á tus tormentos,
 De tu carrera en el ocaso triste,
 Amargo el caliz del dolor bebiste
 En tus débiles, últimos momentos,
 La ingratitud, la envidia, la demencia
 De los tuyos también emponzoñara
 Tu misera existencia.
 No ha faltado insensato que sonara
 Con el vapor de su a-queroso aliento
 Empañar el cristal brillante y puro
 De tu virtud, tu nombre y tu talento.....

.....
 Empero ya dejaste el triste suelo
 Y en él grabadas tus preciosas huellas;
 Hoy inmortal recorres por el cielo
 El ignoto país de las estrellas.
 Queda tan solo á México tu gloria,
 Tu genio, tu virtud, tu nombre al mundo,
 A tus amigos un dolor profundo,
 A mi alma atribulada, tu memoria!

GABINO ORTIZ.

Morelia, Junio 17 de 1861.

COMPOSICION

Leida por su autor, en las honras fúnebres que el
 Colegio de San Nicolas de Hidalgo de
 Morelia, celebró á la memoria del inmortal
 ciudadano

MELCHOR OCAMPO

LA NOCHE DEL 17 DE JUNIO DE 1861.

La más honda tristeza retratada
 En todos los semblantes aquí veo:
 La realidad dejó despedazada
 La mágica ilusion de mi deseo.
 Traigo el alma de pena emponzoñada,
 Lo que mirando e-stoy apenas creo,
 Y antes que el peso del dolor espire,
 Quiero decir lo que el dolor me inspire.

II

¿Quién me contara ayer! misero vate
 Que á OCAMPO celebré de orgullo enchido!
 Que al fin Ocampo, en desigual combate
 De sucumbir debía, escarnecido?
 Ya su esforzado corazón no late:
 Por mano aléve sin piedad herido,
 Cesó de respirar; y el ancho suelo
 Por él se cubre de profundo duelo.

III

Cual Jesucristo, pred có en la tierra
 La virtud, la igualdad, la tolerancia,
 Cual Jesucristo, soportó la guerra
 Del vicio, la ambicion y la ignorancia:
 Hoy una tumba al redentor encierra:
 Entre OCAMPO y el mundo hay gran distancia;
 Mas las nobles ideas del patricio
 No acabaron con él en el suplicio.

IV

Ellas existen, de verdad radiantes,
 Como su autor las concibiera un día;
 Quedan aquí para marchar triunfantes,
 Y difundirse por la patria mía,

¡Oidme bien, jesuitas vergonzantes,
 Revestidos de torpe hipocresia!
 Pudo el hombre morir en el tormento;
 Pero ¿cómo matais su pensamiento?

Para llorar al héroe, falta llanto,
 Para execrar á su asesino, falta
 Un nuevo idioma de terror y espanto.
 Mi enardecido espíritu se exalta;
 Y á la vista teniendo crimen tanto,
 En que la furia clerical resalta,
 Ya no vacilo en renegar del clero
 Que imprimió en su pendon: *Sangre y dinero.*

VI.

“*Sangre y dinero.*” resonó en el templo,
 “*Dinero y sangre.*” respondió el sicario;
 Y, presentando escandaloso ejemplo,
 Se unieron el puñal y el incensario.
 En Ocampo la víctima contemplo
 Da los viles ministros del santuario.....
 Mas esa sangre pagaréis mañana,
 Miserables bandidos de sotana.

Oídme bien, ¡oh pueblo de México!
¡Oh pueblo de México!
¡Oh pueblo de México!

VII

La cólera del pueblo se despierta,
La Justicia levántase imponente;
El universo á descubrir acierta
La marca de Caín en vuestra frente.
Decid ¡adios! á la esperanza muerta,
Si esperanza abrigais, mística gente;
Y antes que el pueblo á destrozáros vaya,
Benedicid al chacal de Tacubaya.

VIII

Agrupados allá en las sacristías,
Brindad por él y su fatal victoria,
Y á la siniestra luz de las bujías
Repasad con placer su negra historia.
¡Reid, danzad en lúbricas orgías!
Que allí estará de Ocampo la memoria,
Y el *tres de Junio*, en nuestra mente escrito,
Siempre os recordará vuestro delito.

IX

¡Ocampo, el *tres de Junio*, el *alto clero*!
¡Un mártir, una fecha, un asesino!
¡Para qué agregar más? el mundo entero
Ve fijado de México el destino.
¡Alzate, Michoacan!—sé tú el primero
En perseguir al tigre que abomino;
Tú que detestas su ominoso yugo,
Repite sin cesar: ¡¡muera el verdugo!!

VICENTE MORENO.

Mas ¿qué logra el furor?... destino aciago
Pesa sobre la patria, horror y estrago
Su patrimonio han siuo:
En su sangriento suelo cada instante
Sofoca el opresor con voz tonante
De la inocente víctima el gemido.....

Si acaso brota alguna flor hermosa,
Crúel mano enemiga la destroza
Y la arroja en el cieno.....
Si un héroe alza la faz, si un genio brilla,
Lo hiere al punto barbara cuchilla
O la calumnia con letal veneno!

Apenas un instante respiraba
Esa patria infeliz, antes esclava,
Nuevo golpe la hiere.
No bien de libertad sonó la hora
Y despertaba su risueña aurora,
El noble Ocampo asesinado muere!

Increíble maldad..... hele allí muerto!
Solo nos queda ese cadáver yerto
De aquel genio divino.....
Fué dado á la oprobiosa tiranía
Crear, al soplo de su rabia impía,
Para tal corazón un asesino!

Gócese, pues, porque ha tendido un velo
De luto universal, de inmenso duelo
A distancia infinita:
En los confines últimos del mundo
Para llorar un crimen tan profundo
Tal vez un noble corazón palpita!

Ocampo fué una luz resplandeciente,
Una feliz inspiracion viviente:
Noble genio que gime
Con la opresión, con el ageno agravio;
Ocampo era elocuente, justo, sabio,
Y en el amor de su pais, sublime!

En la patria sus prendas elevadas
Mal comprendidas fueron ó ignoradas
En tanto que vivia;
Así como á ninguno ya sorprende
El claro sol que al firmamento asciende
Porque en Oriente asoma cada dia!

¡Ay! de ese bello corazón ya frio
Se derramaba un abundante rio
De acciones generosas,
Tan fácil, dulce y sosegadamente
Como ligera linfa transparente
Que se desliza entre apacibles rosas.....

La dulce celestial beneficencia
Fue de ese noble corazón la esencia
Y tan grata le era
Como le es respirar á los vivientes
Como es á los tiranos inclementes
Sangre y honor acumular doquiera.

¿Cuánto despreciado é infeliz mendigo
No halló en su techo hospitalario abrigo
Y en él un tierno hermano?
¿Qué víctima inocente y desdichada
En injustas cadenas ahrojada
No libertó con generosa mano?

Digalo el estupor, el mudo espanto
Que su muerte causó: digalo el llanto
Que brotando del alma
Al escuchar el crimen execrable
En cada pobre choza miserable
Sonó turbando la nocturna calma!

Ocampo, el grande Ocampo, no era un sabio
Sin corazón: por su elocuente labio
La caridad hablaba,
Hablabla la virtud y su creencia
Digna de su elevada inteligencia
Al Sér Supremo en la verdad buscaba

Todo, todo acabó..... su triste amigo
A visitar se llega sin testigo
Su tumba bienhechora,
Y ve que allí dobles lanreles crecen.....
Los hijos de la sombra le aborrecen,
Y la ilustrada humanidad lo llora.

JESUS ECHAIZ.

1862.

AL ILUSTRE MÁRTIR MICHOACANO

C. MELCHOR DCAMPO

Composicion leida por su autor
en el primitivo y Nacional Colegio de San
Nicolas de Hidalgo, de Morelia, la noche del 3 de
Junio de 1869.

I

Aquí estoy otra vez, yo, pobre vatè,
Cantor de tu grandeza y tu talento;
Yo, á quien la negra adversidad combate,
Yo, que jamás oculto lo que siento.
¿Qué importa que en mi frente se retrate,
De mi angustiado espíritu el tormento,
Si en la tumba que guarda tus despojos
Pueden su llanto derramar mis ojos?

II

¡Aquí estoy otra vez tan larga ausencia
 No ha borrado tu imagen de mi alma,
 Y tu recuerdo anima mi existencia,
 Infundiéndome fe, dándome calma.
 La Libertad, la Ilustracion, la Ciencia,
 En tus manos pusieron verde palma;
 Y, pues ella tu triunfo simboliza,
 El mundo de Colon te diviniza.

C. MELCHOR UCAMPO

Aquí estoy otra vez para admirarte,
 Y mi culto fanático rendirte,
 Y mi acendrada gratitud mostrarte,
 Y una corona de laurel ceñirte.
 Digno eres de mi amor, y debo amarte,
 Y con santo respeto bendecirte,
 Ya que cubre tu lápida mortuoria
 Con sus alas el ángel de la gloria.

IV

Mas bien que los vistosos campamentos
 Y el terrible rugido de la guerra,
 Y el incendio, la sangre y los lamentos,
 Que van llenando de pavor la tierra,
 Me dan inspiracion los monumentos
 En donde, humilde, la virtud se encierra;
 Por eso en tu loor, modesto sabio,
 Himnos entona mi atrevido labio.

III

Fué tu arma sola tu valiente pluma,
 La discusion tu campo de batalla
 Y del error sobre la densa bruma
 Arrojaste verdades por metralla.
 Por tí enfrenaron su arrogancia suma
 Los enemigos de la *ni canalla*;
 Y á tu palabra, de vigor henchida,
 Se despertó la sociedad dormida.

VI

De la reforma en la inmortal bandera
 Tu nombre apareció, con fuego escrito,
 Y el torpe Abuso y la Ambicion rastreada
 Se miraron, absortos, de hito en hito.
 Tu voz les anuncio su hora postrera;
 Y sin temer de la venganza el grito,
 "¡Paso al derecho!" — con ardor dijiste
 Y á la Nacion esclava redimiste.

VII

¡Honor á tí, patriota esclarecido,
 Espanto de la mítica sotana,
 Fiel defensor del pueblo desvalido,
 Encarnacion de la conciencia humana!
 ¡Honra y prez para tí, mártir querido,
 Orgullo de la raza mexicana,
 Cuya noble altivez y bizarría
 Causó vergüenza á la traicion impía.

VIII

Cual la memoria de mi padre guardo,
 La tuya guardaré mientras aliente,
 Aunque mi pecho, con punzante dardo,
 Traspase la calumnia maldiciente.
 Si algo en la vida miserable aguardo,
 Es contemplar feliz é independiente
 Este país do se meció tu cuna.
 A la sombra de próspera fortuna.

IX

Jóvenes que me oís, bella esperanza
 De mi nativo y adorable suelo:
 OCAMPO os demostró que el orbe avanza;
 El os abrió del porvenir el cielo;
 En él teneis ejemplo de pujanza
 Y de sublime abnegación modelo:
 Tomad á OCAMPO por segura guía,
 Y haréis la dicha de la patria mia.

V. MORENO.

A OCAMPO.

Si la mano homicida
 De un déspota inhumano,
 Despedazó las flores de tu vida
 Por eclipsar tu genio soberano
 Y envolver en la noche del olvido
 La sublime memoria
 De tu nombre querido,
 Esa mano maldita
 Nunca pudo borrar de nuestra historia
 La página bendita
 Que guarda los destellos de tu gloria.
 Filósofo profundo
 Y apóstol incansable del progreso,
 Con tu palabra conmoviste al mundo
 Y con ella venciste al retroceso.
 Cuando luchandó por la patria mia,
 Patria cuyo adelanto fue tu norma,
 Sentiste ¡oh mártir! que en tu pecho ardían
 La inquebrantable fe de la reforma.

Filántropo sincero:
 Pura brilla la luz de tu conciencia,
 Porque eras el primero
 En tender una mano á la indigencia;
 Y patriota constante,
 Patriota á cuya voz el fanatismo
 Inclinó su mirada repugnante,
 Recibes como premio á tus virtudes
 Un cadalso terrible en que perdonas
 A esa turba inhumana, que en su delirio,
 Te dió con la corona del martirio
 La corona mejor de las coronas;

Y sucumbes . . . y el déspota inhumano
 Que dictó tu sentencia
 Hollando los deberes del hermano,
 Se goza en la dolencia
 Del pueblo mexicano;
 Pero, entonces, la historia
 Al recibir los besos de tu gloria,
 Te consagra una página de bronce
 Para hacer duradera tu memoria;
 Y cada corazon te eleva un templo,
 Y cada lira te consagra un canto,
 Mientras siguen tu ejemplo
 Otros genios que luchan á porfía
 Per derrocar á la traicion impia,
 Y que logran ornar de frescos lauros
 La noble frente de la patria mia.

Estás vengado ya, mártir querido,
 Porque la patria que encendió tu anhelo
 Mira hoy trillar en su tranquilo cielo
 El iris de la paz apetecido;
 Estás vengado, porque aquella turba
 Funesta y corrompida,
 Que en su demencia pretendió perderte,
 Hundiéndote en la noche de la muerte
 Te abrió las puertas de la nueva vida.
 ¡Mártir, adios! como único tributo
 De la suprema gratitud que inspira
 Tu recuerdo bendito,
 Vine á ofrecerte un canto de mi lira,
 Un canto que en las alas de mi anhelo
 Cruzando rauda la extension gigante,
 Llevara hasta tu cielo
 El eco rudo de mi voz vibrante.
 ¡Mártir, adios! no temas que en la noche
 Terrible del olvido,
 Se pierda tu memoria,
 Ni que empañe los timbres de tu gloria
 El torpe retroceso,
 Pues mientras viva el genio de la historia
 En tu sepulcro llorará el progreso!

México, Junio 3 de 1874.

AGAPITO SILVA.

el que la voz de su deber se oía
después de combatir por la nueva
había espido sin dejar la lucha.
El eco del estrepito también
arró el alma de un soldado a la
y el excelso de la patria a la
sereno y firme, en un momento
por la trágica caída de la muerte;
pero al caer inerte

Estaba consumado el sacrificio.
La Reforma venía,
ungida con la sangre del suplicio,
y su clámide roja sacudía
cojiendo utopías y dejando creencias
que daban al ludibrio de los vientos
los gérmenes de libres pensamientos
como soplo creador de las conciencias.

Era el instante lúgubre y sin nombre,
en que al morir el hombre,
la luz de su cerebro se derrama
rasgando del martirio el humo denso
y se dibuja su perfil inmenso
en medio a la catástrofe del drama.
Ocampo con valor que siempre lleva

el que la voz de su deber escucha,
 despues de combatir por la fe nueva
 habia espirado sin dejar la lucha.
 El encono del crimen tenebroso
 arrojó el golpe destructor y fuerte,
 y el excelso coloso
 sereno y firme, se miró vencido
 por la trágica esfinje de la muerte;
 pero al caer inerte
 no fué el débil soldado que abatido
 la frente dobla, con mortal desmayo,
 sino el gran luchador que rueda herido
 como el roble deshecho por el rayo!

Mas ¿qué ciego destino
 ó qué decreto de los dioses falsos
 al apóstol detiene en su camino
 y lleva al redentor á los cadalsos?
 ¿Por qué tan pronto mueren
 los que las tablas de la ley escriben;
 y los que al hombre y al derecho hieren,
 para mengua del mundo sobreviven?
 ¿Qué evangelio permite
 que el odio á la virtud el alma invada,
 y que venza el pequeño
 matando la justicia con la espada?.....

¡Si, al fin, aunque en la lidia
 caiga el pendon deshecho,
 de mano aleve entre la red traidora,
 las justas represalias del derecho
 son del pueblo la tabla salvadora!.....

¡Ay! Es preciso en el combate rudo,
 para que el hombre las cadenas parta,
 cediendo á los furores momentaneos
 alimentar con crancos
 las sublimes victorias de la Esparta.
 Y, así tambien, para que la obra quede
 flotando encima de la turja inquietada,
 es necesario que el apóstol ruede
 con el golpe fatal de la piqueta!

El mártir es el inmortal, enviado
 que lleva en su camino por la tierra,
 con la confianza que en el pecho sienta,

el ideal sagrado
 que moja con la sangre de su frente.
 Y marcha por la senda
 que la deidad de la virtud ensancha,
 para que ese ideal que le provoca,
 más tarde sea la encarnación sin mancha
 que se levante en pedestal de roca.
 ¿No hay misión más grandiosa que la suya!
 ¿No hay martirio que iguale su martirio;
 ni armonía superior á la que arrulla,
 al que lleva triunfante,
 sobre sirtes y escombros,
 audaz y vencedor cual nuevo Atlante,
 el mundo de la idea sobre los hombros!
 ¿Su rostro tiene las arrugas pálidas
 que dejan los dolores por vestigio,
 y en su sangre palpitan las crisálidas
 que fecundan los vientos del prodigio.
 Al sentir en sus altas concepciones
 con inefable calma,
 un raudal de sublimes intuiciones
 que rueda á las vorágines del alma,
 alzándose de pie sobre la cima
 domina y vence su dolor acerbo
 para lanzar el soplo que reanima
 la fe del hombre, con la luz del verbo;
 y entre el arrullo de inmortales coros,
 que cantan su grandeza de vidente,
 arroja, como lluvia de meteoros,
 las ideas agolpadas en su frente!

Apóstol noble, de virtud preclara,
 cuya firmeza definir no puedo,
 tú, que dejaste ardiendo sobre el ara,
 la llama luminosa de tu credo;
 tú, que con redentora democracia,
 llevaste siempre en la social laceria
 el cáliz del consuelo á la desgracia,
 y el óbolo del bien á la miseria;
 Ocampo, insigne Ocampo, cuyo grito
 hizo rodar del cóncave las galas:
 enviado, que al bajar del infinito
 traías revelaciones en tus alas;
 austero pensador, humilde sabio,
 en tu camino que el trabajo escombrea,
 cada palabra de tu excelso labio
 arrancó una conciencia de la sombra.
 Al antro mismo del error oculto
 fuiste en busca de todo lo que vuela;
 la celeste deidad de cada culto
 y la libre enseñanza de la escuela,
 por tí dejaron la guarida oscura
 de voraz y despótico vestigio,
 y pudieron volar hasta la altura
 donde se mece el águila del siglo!

¡Tú llevaste á la ciencia soberana,
 en pos de nuevos y lucientes ra-troa,
 sobre las alas de tu mente ufana
 á empaparse en el éter de los astros!
 ¡Por esa lucha formidable, inmensa,
 de tu vida, sublime visionario,
 pudo dejar el mundo del que piensa
 la lobreguez antigua del santuario!

El alma es grande, poderosa, libre,
 nadie la vence con la fuerza, nadie
 puede impedir que la centella vibre
 y que el lucero de la noche radie.
 Si un poder inclemente
 en estrecho recinto la sofoca,
 aun allí brillará resplandeciente
 como brilla el carbunclo del oriente
 escondido en las grietas de la roca.
 El ave prisionera
 aunque esté lastimada por los hierros,
 que en su breve existencia nunca salva,
 ha de cantar al ver la primavera
 y ha de cantar cuando despierta el alba.

Quién detiene los vuelos de la idea
 apagando la luz del pensamiento?
 ¿Quién aprisiona el rayo que flamea
 en la ancha inmensidad del firmamento?
 ¿Quién si el poder inquebrantable olvida
 que el genio de los hombres atesora,
 detiene al alma, de esperanza henchida
 que en el espacio azul que amante explora
 con santa inspiración y fe bizarra
 acaso el poema del saber preludea?
 ¿Quién su ropaje virginal desgarró
 y con encono que el deber repudia,
 en el exceso de feroz violencia,
 insensible verdugo herirla quiere?
 ¡Quién había de matar la inteligencia
 si es fénix vencedor que nunca muere!.....
 ¡Si cuando la opinion está oprimida
 y en vano por librarse forcejea,
 hay un volcán siniestro que trépida,
 el pueblo siente horrible sacudida
 y parece que Dios relampaguea!.....

Padre de nuestras creencias juveniles,

á tí que al ver del porvenir la aurora,
alzarse y fulgurar sin mancha alguna
bendijiste su llama bienhechora;

á tí, cuya palabra

fué la arrebatadora,
sibila que enseñaba en la tribuna;
soñando en tus inmensos poderios,
al ver el templo de tu gloria abierto,
en la fruición de los anhelos míos,
he venido á decirte, que en tu patria
la reforma no ha muerto,
¡Y si muriera en tenebroso día
como Jesús, con su poder fecundo,
la losa del sepulcro rompería
para volver transfigurada al mando!....

¡Oh mártir de la idea,
hallar quisiera en mi abatido plectro
épicas marayillas,
para obligar al tenebroso espectro
que te maldice y odia
á caer de rodillas,
implorando perdon por sus mancillas
ante el Dios tutelar que te custodia!
¡Mas aunque el vicio artero
la insensatez de su furor no ablande

tu imágen se alzaré grande, muy grande
y el tiempo venidero
ha de enseñar á las ideas vencidas,
sin que ese espectro su palabra estorbe,
que morir por las glorias oprimidas
es continuar la redencion del orbe!

CARLOS LOPEZ.

Al resonar del cámbio que entona
Como un rito de alarma la conciencia.

Había, lloró, y al extender los ojos
Sobre la turba de hombres
Que yermos y desolados
Añorados miraban con ojos
Que marchan por la senda del trabajo;
En un vórtice de la ilusión de la utopía
Halló un pueblo de libres

OCA MPO.

Allá se dijo, y extendiendo al aire
Las gigantescas plúmas,
Con la mirada fija en los fulgores
Que á través de las brumas
Conducen en su vuelo á los condores,
Subió, asentando la atrevida garra,
Sobre la cumbre inmensa,
Dónde el mundo genésico concluye,
Y se levanta el mundo del que piensa,
Sobre la blanca cima de esa roca,
Cuyas piedras de mármol y granito,
Se alzan entre lo azul del infinito,
De pedestal sublime al que las toca,
Allí donde se encienden los Taboras,
Con su grandiosa y santa refulgencia

En imágenes se alzará grande, muy grande
Y el tiempo verdadero
Ha de enseñar á las ideas venidas,
Sin que ese respecto se paladee estorbo,
Que morir por las glorias opúsculas
Es continuar la rebeldía del cielo.

GABRIEL LORCA.

Al resonar del cántico que entona
Como un grito de alarma la conciencia,

Subió, llegó, y al extender los ojos
Sobre la turba de hombres
Que germinaba de sus pies debajo,
Ansiando mirar lo que es un pueblo
Que marcha por la senda del trabajo;
En vez de la ilusión de su utopía
Halló un pueblo de libres
Envuelto del incienso entre el aroma;
Y enlazando á su cuello esa cadena,
Cuyo eslabón primero empieza en Roma,
Halló la libertad aprisionada
Entre los negros muros del convento,
Y un más—allí del luto y de tinieblas,
Marcando el hasta—aquí del pensamiento;
Al Dios clemencia convertido en otro
De sangre y de venganza, le invocaba
Al Dios-creador entrando en la pelea
Con el rojo puñal de la matanza,
Y gozando al murmullo de los salmos,
Y gozando al gemir de la agonía,
Al Dios que solo quiere en sus altares
Los himnos del amor y la poesía,

Y—no!—dijo él, ardiendo,
En esa inspiración sencilla y santa
Que hizo del vagabundo de Judea,
El muerto más sublime de los muertos,
En el martirologio de la idea:
—Ya es tiempo de volver á su santuario
El dulce amor de la familia humana,
Sustituir el hogar al relicario,
Sustituir la violeta al incensario,
Y el trino del turpial á la campana;
Ya es tiempo de rasgar el negro abismo
Que oculta la verdad á la existencia,
Y cambiar por el Dios del fanatismo
El Dios de la razón y la conciencia.
Dijo, y abandonando las remotas
Cumbres de la esperanza y de la vida,
Bajó á la tierra entre las dulces notas
De esa cántiga tierna y bendecida,
Cuya primera vibración se escucha
Brotando de las arpas del delirio,
Y la última en la lucha,
Con el ay! estentóreo del martirio.

Bajó, y apóstol de la buena-nueva,
De la luz y el derecho,

Su palabra de paz sonó en los aires
Anunciando al Mesías
Que el porvenir en su ilusion espera,
Y de quien son angustas profecías
Las protestas del mártir en la hoguera.
Bajó, y envuelto entre el vapor espeso
De los blancos perfumes conventuales,
Del pueblo suyo por el monje opreso,
Escuchó la palabra de progreso
Salida de sus labios inmortales;
Y al buscar al apóstol atrevido
Donde su airado grito resonara,
Oyó el nombre de Dios... luego un gemido,
El incienso quedó desvanecido,
Y allí estaba el cadáver junto al ara.

La lucha fué un instante...
Un instante... y aquí el vidente,
Misionero de luz entre los ciegos,
Se hundió en la tumba y ocultó la frente.

Fué el condor que se lanza de las nubes
Sobre el tigre feroz que le arrebató

Los polluelos hermosos de su cría,
Y que baja, se mece,
Lucha, se aparta, vuelve, le proyoa,
Y en el punto de herirle se estremece,
Cayendo á agonizar sobre una roca.

Murió... su apostolado
Hizo temblar en su poder al fraile,
Y el fraile, en nombre de ese dios maldito
Que vive entre la noche y lo encubierto,
Armó su mano entre la niebla impía,
Y despues al nacer del otro día,
Halló el mundo... un patíbulo y un muerto.

Ese muerto allí está... dentro el sepulcro
Cavado para ahogar en su silencio
La gigante protesta de sus labios.....
Esqueleto sublime y magestuoso,
Más grande y elocuente en el reposo
De su lecho eternal y soberano,
Que en medio de la grito atronadora
Que alzara en su redor el Vaticano.
Allí está... en ese túmulo sombrío

Regado con el llanto de los libres.....
Santa reliquia que la edad presente
Guarda, de su cariño
En el inmenso y dulce relicario,
Como un recuerdo de tristeza y gloria
Que evoca del pasado en la memoria
Su camino de sangre y su Calvario.
Allí estás..... murmurando una esperanza
De miel y libertad para el futuro,
Preeursor auroral de esa lumbrera
Tanto soñada y esperada tanto,
Y á cuya luz en hoy vienen tus hijos
A arrullar tu dormir con sus canciones,
A gemir en tu polvo, y á decirte
Sus nobles y sentidas bendiciones.....

Mártir: descansa ya de la tarea
Y duérmete en el lecho de perfumes
Con que la gratitud cubre tu fosa.....
Duérmete ya.....mientras la fe y el templo,
Cuyo poder al cabo se derrumba,
Vienen á despertarte en su caída,
De tu sueño inmortal bajo la tumba.

MANUEL ACUÑA.

Junio 3 de 1870.

FIN.



